

cargar su conciencia con semejante acto, si el destino quería que el imperio fuese barrido, así como las partículas de negra ceniza, caídas de sus dedos?

En menos de una semana terminó el señor Denizet la instrucción. Encontraba en la Compañía del Oeste muy buena voluntad para facilitar todos los documentos necesarios y todos los testimonios útiles; pues ella también deseaba vivamente acabar con esa deplorable historia de uno de sus empleados, la cual, subiendo al través de las complicadas ruedas de su organismo, había estado á punto de derribar al mismísimo Consejo de Administración.

Era preciso cortar cuanto antes el miembro gangrenado. Así, pues, desfilaron otra vez por el despacho del juez los empleados de la estación del Havre, el señor Dabadie, Moulín y los demás, los cuales dieron desastrosos detalles sobre la mala conducta de Roubaud; luego, el jefe de la estación de Barentín, el señor Bessiére, así como varios empleados de Rouen, cuyas declaraciones tenían decisiva importancia, respecto del primer asesinato; después el señor Vandorpe, jefe de la estación de París, Misard, y conductor jefe Enrique Dauvergne, mostrándose estos dos últimos muy seguros de las tolerancias conyugales del acusado. Hasta Enrique, á quien Severina había cuidado en la Croix-de-Maufras, refería que una noche, convaleciente todavía, le pareció haber oído las voces de Roubaud y Cabuche, que se concertaban delante de su ventana; lo cual

explicaba muchas cosas, y destruía el sistema de los dos acusados que afirmaban no conocerse. Un grito de reprobación se alzó en todo el personal de la Compañía; todos compadecían á las desgraciadas víctimas, á esa pobre mujer, cuya falta era tan excusable, y á ese respetable anciano, limpio hoy de las feas historias que sobre él corrían.

Pero el nuevo proceso despertó vivísimas pasiones en la familia de Grandmorin; y de este lado, si el señor Denizet encontraba una poderosa ayuda, tuvo que batallar en favor de la integridad de su instrucción. Los Lachesnaye cantaban victoria, porque siempre habían afirmado la culpabilidad de los Roubaud, exasperados por el legado de la Croix-de-Maufras, y sangrando de avaricia. En el despertar del proceso, no veían más que una ocasión de anular el testamento; y como sólo existía un medio de lograr la revocación del legado, el acusar á Severina de ingratitude, aceptaban en parte la versión de Roubaud, en la cual aparecía cómplice la mujer, ayudando á matar, no por vengarse de una infamia imaginaria, sino para robar; de suerte que el juez contendía con ellos, con Berta sobre todo, la cual se mostraba muy áspera contra la muerta, su antigua amiga, á quien dirigía abominables cargos, y que él defendía, acalorándose en cuanto tocaban á su obra maestra, ese edificio de lógica tan bien construído, según él mismo confesaba con orgullo, que, si se le quitaba una sola pieza, se desmoronaría completamente. Hu-

bo, con tal motivo, en su despacho, una escena muy viva entre los Lachesnaye y la señora Bonnehón. Esta, favorable antes á los Roubaud, había tenido que abandonar al marido; pero continuaba defendiendo á la mujer, por una especie de complicidad tierna, muy tolerante con la belleza y el amor, trastornada con tan romántica tragedia, salpicada de sangre. Mostróse muy franca, despreciando el dinero. ¿No le daba vergüenza á su sobrina insistir sobre la cuestión de la herencia? ¡Severina culpable! ¿no era esto manchar de nuevo la memoria del presidente, aceptando las pretendidas confesiones de Roubaud? Si la instrucción no hubiera puesto en claro tan ingeniosamente la verdad, habría sido preciso inventarla, por honra de la familia. Y la buena señora hablaba con cierta amargura de la sociedad de Rouen, donde el proceso daba tanto ruido; de esa sociedad sobre la cual ya no reinaba ella; ahora que los años le hacían perder hasta su opulenta hermosura de diosa envejecida. Sí, la víspera todavía, en casa de la señora Leboucq, la mujer del consejero, esa corpulenta morena que la destronaba, se habían cuchicheado las anécdotas galantes, la aventura de Luisita, todo lo que inventaba la malignidad pública. Habiendo intervenido en aquel momento el señor Denizet, para manifestarle que el señor Leboucq se sentaría como asesor en las próximas sesiones del jurado, calláronse los Lachesnaye, aparentando ceder, pero llenos de inquietud. La señora Bonnehón los tranquilizó, segura de que la

justicia cumpliría con su deber: las sesiones estarían presididas por su antiguo amigo el señor Desbazeilles, á quien el reumatismo no permitía más que el recuerdo, y el segundo asesor debía ser el señor Chaumette, padre del joven sustituto á quien ella protegía. Estaba, pues, tranquila, aunque una melancólica sonrisa asomó á sus labios, cuando nombró al último, á cuyo hijo veía de algún tiempo á entonces en casa de la señora Leboucq, adonde ella misma lo enviaba, para no dificultar su porvenir.

Cuando el famoso proceso llegó al cabo, el ruido de una próxima guerra y el estado de agitación en que se encontraba Francia entera, perjudicaron mucho á la publicidad de las sesiones. Rouen no experimentó menos de tres días la fiebre del suceso, las gentes se apretaban á la puerta de la sala, y los asientos reservados estaban invadidos por señoras de la ciudad. Nunca había tenido tanta afluencia de gente el antiguo palacio de los duques de Normandía, desde que se habilitó para tribunal de justicia.

Esto sucedía en los últimos días de Junio, en tardes calurosas, cuyo sol encendía las vidrieras de las diez ventanas, inundando de luz las ensambladuras de encina, el calvario de piedra blanca que se destacaba en el fondo sobre el rojo cortinaje sembrado de abejas y el célebre techo del tiempo de Luis XII, con sus compartimentos de madera, esculpidos y dorados. Hacíase imposible la respiración antes de comenzar la audiencia. Las mujeres se empinaban para ver me-

por sobre la mesa las piezas de convicción; el reloj de Grandmorin, la camisa ensangrentada de Severina y la navaja que había servido para los dos asesinatos. El defensor de Cabuche, un abogado venido de París, llamaba también mucho la atención del público. En el banco del jurado se alineaban doce ciudadanos de Rouen, ceñidos en negras levitas, graves y meditabundos. Y cuando la magistratura entró, se produjo tal movimiento de oleaje en el público, que el presidente tuvo que amenazar con desalojar la sala.

Al fin se abrió la sesión, los jurados prestaron juramento, y la llamada de los testigos agitó de nuevo á la multitud con un estremecimiento de curiosidad: al pronunciarse los nombres de la señora Bonnehón y del señor Lachesnaye, ondularon todas las cabezas; pero Santiago, más que nadie, apasionó á las señoras, que le siguieron con los ojos. En cuanto los acusados estuvieron allí, cada cual entre dos gendarmes, todo el mundo los miraba, sin apartar la vista, cambiando entre sí diversas apreciaciones. Encontrábaseles aspecto feroz y bajo. Debían ser dos bandidos. Roubaud, con su traje obscuro, y corbata de señor que cuida de su persona, sorprendía por su aspecto envejecido y su cara reventando de grasa.

Cabuche era tal cual se lo habían imaginado, vestido con una larga blusa azul, el propio tipo del asesino, con enormes puños y mandíbulas de carnicero; uno de esos mozos, en fin, á quienes no da gusto encontrar en la revuelta de al-

gún bosque. Los interrogatorios confirmaron esta mala impresión; ciertas respuestas provocaron violentos murmullos. A todas las preguntas del presidente contestaba Cabuche que no sabía: no sabía cómo estaba en su casa el reloj, ni por qué había dejado huir al verdadero asesino; y ratificaba su historia, de aquel desconocido misterioso, cuyo galope afirmaba él haber oído en medio de las tinieblas.

Después, interrogado acerca de su bestial pasión por la desgraciada víctima, comenzó á tartamudear con tan brusca y violenta cólera, que los dos gendarmes le tuvieron que sujetar los brazos. ¡No, él ni la amaba, ni la deseaba! esto era una mentira, hubiera creído mancharla; todo menos desearla á ella, que era una señora, mientras que él había estado preso y vivía como un salvaje. Calmado en seguida, cayó en un sombrío silencio, sin pronunciar más que monosílabos, indiferente á la condena que podían imponerle.

Roubaud se sostuvo en lo que la acusación llamaba su sistema: refirió cómo y por qué había matado á Grandmorin, y negó toda participación en el asesinato de su mujer; pero lo hablaba en frases entrecortadas, casi incoherentes, con pérdidas súbitas de la memoria, y los ojos tan turbados y la voz tan encogida, que parecía estar inventando por momentos los detalles. Y como el presidente lo asediara, demostrándole lo absurdo de su relato, acabó por encogerse de hombros, y se negó á responder:

¿para qué decir la verdad, supuesto que lo único lógico era la mentira? Esta desdeñosa actitud, agresiva para la justicia, le perjudicó enormemente. Notóse también la profunda indiferencia de los acusados entre sí, como una prueba de convenio, como un plan hábil, seguido con extraordinaria fuerza de voluntad. Pretendían no conocerse, y hasta se dirigían cargos, tan sólo para extraviar el criterio del Tribunal.

Cuando los interrogatorios terminaron, la cuestión estaba juzgada; con tal habilidad los había llevado el presidente, para que, cayendo en la red tendida, pareciese que Roubaud y Cabuche se habían entregado ellos mismos. Aquel día se oyeron además algunos testigos sin importancia. Era tan insoportable el calor á eso de las cinco, que dos señoras se desmayaron.

Al día siguiente, la gran emoción correspondió á las declaraciones de ciertos testigos. La señora Bonnehón alcanzó un verdadero éxito de distinción y tacto. Escuchóse con interés á los empleados de la Compañía, señores Vandorpe, Bessière, Dabadie y Cauche, sobre todo á este último, el cual estuvo muy prolijo, refiriendo que conocía mucho á Roubaud, por haber jugado con él varias veces en el café del Comercio. Enrique Dauvergne repitió su testimonio decisivo, la casi certeza en que estaba de haber oído, en la somnolencia de la fiebre, las voces sordas de los dos acusados, que se concertaban; é interrogado acerca de Severina, mostróse muy discreto, dando á entender que la había amado;

pero que sabiendo pertenecía á otro, se había retirado lealmente. Cuando este otro, Santiago Lautier, entró en la sala, prodújose gran murmullo entre la multitud; muchos se levantaron para verle mejor, y hasta entre los jurados se inició un movimiento de atención. Santiago, muy tranquilo, apoyó ambas manos en la barandilla de los testigos, con el ademán profesional acostumbrado cuando conducía la máquina. Esta comparecencia, que le debió turbar profundamente, dejóle completa lucidez de razón, cual si nada tuviera que ver con el hecho de autos.

Iba á declarar como extraño, como inocente; después del crimen, no había sentido ni un escalofrío, ni siquiera pensaba en ello; tenía la memoria abolida y los órganos en un estado de equilibrio propio de la perfecta salud; ahora, allí, delante de aquella barandilla, no sentía remordimientos ni escrúpulos, se hallaba en un completo estado de inconsciencia. Lo primero que hizo fué mirar á Robaud y Cabuche con sus ojos claros. Ya sabía él que Roubaud era culpable y le dirigió un movimiento de cabeza, un discreto saludo, sin pensar que hoy era abiertamente el amante de su mujer. Después sonrió al otro, al inocente, cuyo puesto debía ocupar él: una buena bestia en el fondo, con apariencias de bandido; un mozo á quien había visto en el trabajo y cuya mano había estrechado. Y, con la mayor frescura, depuso, respondiendo en breves y claras frases á las preguntas del presidente, el cual, después de haberle interrogado sobre sus

relaciones con la víctima, le hizo que refiriese su salida de la Croix-de-Maufras, algunas horas antes del asesinato, cómo fué á tomar el tren á Barentín, y cómo durmió en Rouen. Cabuche y Roubaud le escuchaban, confirmando las respuestas del maquinista con su actitud; y en aquel momento invadió una gran tristeza á aquellos tres hombres. Un mortal silencio se había producido en la sala, una emoción venida no se sabe de dónde anudó la garganta de los jurados: era la verdad que pasaba muda. A la pregunta del presidente relativa á lo que pensaba del desconocido que huía entre las tinieblas, Santiago inclinó la cabeza, cual si no hubiera querido acabar de humilir al acusado. Entonces se produjo un hecho que acabó de trastornar al auditorio. Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Santiago, y desbordándose, corrieron por sus mejillas. Aparecíasele Severina, la miserable asesinada, cuya imagen se le había quedado impresa, con sus ojos azules desmesuradamente abiertos y sus cabellos negros caídos sobre la frente, como un espantable casco. Todavía la adoraba, habíale conmovido una inmensa piedad, y la lloraba sin consuelo, en la inconsciencia de su crimen, olvidándose de que estaba en medio de aquella multitud. Muchas señoras sollozaron estremecidas. Todo el mundo encontraba simpático aquel dolor del amante, cuando el marido permanecía con los ojos secos. Habiendo preguntado el presidente á las defensas si tenían que hacer alguna pregunta al testigo,

los abogados dieron las gracias, mientras que los acusados, embrutecidos, acompañaban con la mirada á Santiago, el cual volvió á sentarse, en medio de la simpatía general.

La tercera sesión se destinó entera á la acusación del procurador imperial y á los informes de los abogados. Primero, hizo el presidente un resumen del proceso, en el cual, bajo la capa de una imparcialidad absoluta, se agravaban los cargos de la acusación. El procurador imperial habló enseguida, pareciendo no gozar de todas sus facultades, pues tenía ordinariamente más convicción y una elocuencia menos vacía. Atribuyóse esto al excesivo calor, que era sofocante. Por el contrario, el defensor de Cabuche, el abogado de París, deleitó, sin lograr convencer.

El defensor de Roubaud, un miembro distinguido del foro de Rouen, sacó también todo el partido que pudo de su mala causa. Cansado el ministerio público, ni siquiera replicó. Y cuando el jurado pasó á la sala de deliberaciones, no eran más que las seis; el pleno día entraba por las diez ventanas, y un último rayo alumbraba las armas de las ciudades de Normandía que adornaban los sillares. Gran ruido de voces subió hasta el dorado techo; oleadas de impaciencia hicieron temblar la verja de hierro que separa los asientos reservados del resto del público. Pero el silencio se impuso religioso cuando el jurado y la magistratura se presentaron de nuevo. El veredicto admitía circunstancias atenuantes: los dos hombres fueron condenados á traba-

jos forzados, á perpetuidad. Lo cual fué una gran sorpresa. La multitud salió á empujones y se oyeron algunos silbidos como en el teatro.

En todo Rouen se hablaba aquella noche de esta condena, haciendo comentarios sin fin. Según el parecer general, aquello era una derrota para la señora de Bonnehón y para los Lachesnaye. Sólo una condena de muerte hubiera satisfecho á la familia; y seguramente habían mediado influencias adversas. Ya se nombraba por lo bajo á la señora Leboucq, la cual contaba entre los jurados tres ó cuatro de sus adeptos. La actitud de su marido como asesor no había ofrecido nada incorrecto; sin embargo, creían haber observado que ni el otro asesor, el señor Chaumette, ni el presidente, señor Desbazeilles, habían sido tan dueños del debate, como hubieran querido. Tal vez el jurado, sintiendo escrúpulos, acababa de ceder, concediendo circunstancias atenuantes, al malestar de duda que atravesó un momento la sala, al vuelo silencioso de la melancólica verdad. El proceso seguía siendo un triunfo para el juez de instrucción, cuya obra maestra nada había podido modificar. La misma familia perdió mucho cuando se corrió la voz de que para recuperar la Croix-de-Maufrás hablaba el señor Lachesnaye de entablar una acción revocatoria, á pesar de la muerte del donatario, cosa extraña en un magistrado por ser contraria á la jurisprudencia.

Al salir del palacio se unió Filomena á Santiago y no le soltó, tratando de pasar con él

aquella noche en Rouen. Como Santiago no entraba de servicio hasta el día siguiente, quiso comer con ella en la posada donde pretendía haber dormido la noche del crimen, cerca de la estación; pero no pensaba acostarse, porque tenía precisión de volver á París en el tren de las doce y cincuenta.

—No sabes—refirió ella según iba del brazo de Santiago hacia la posada—juraría que hace poco he visto á un conocido nuestro.... Sí, á Pecqueux, el cual me repetía días atrás que no pondría los pies en Rouen para este asunto.... Una vez que me volví, un hombre, á quien sólo pude ver la espalda, atravesaba por entre la multitud....

El maquinista la interrumpió, encogiéndose de hombros.

—Pecqueux está en París corriéndola, feliz con las vacaciones que mi permiso le proporciona.

—Es posible, pero desconfiemos, sin embargo, porque es el mayor rocín cuando está furioso.

Filomena se ciñó á él y añadió mirando atrás:

—¿Conoces á ese que nos sigue?

—Sí, no te asustes.... Puede ser que tenga que preguntarme alguna cosa.

Era Misard, el cual desde la calle de los Judíos los seguía á cierta distancia. El también había declarado con aire soñoliento y quedándose rondando alrededor de Santiago, sin atreverse á dirigirle una pregunta que visiblemente llevaba en los labios. Cuando la pareja hubo desapareci-

do por la puerta de la posada, entró á su vez y pidió un vaso de vino.

—¡Toma, Ud. por aquí, Misard!—exclamó el maquinista.—Y con su nueva mujer, ¿cómo le va?

—Sí, sí—gruñó el jefe de la estación telegráfica.—¡Ah, la maldita! bien me ha fastidiado. Ya le conté á Ud. eso en mi otro viaje aquí.

Santiago se divertía mucho con esa historia. La Ducloux, la antigua sirvienta que Misard había tomado para guardar la barrera, no tardó en sospechar, viéndole registrar los rincones, que debía buscar un buen gato, oculto por su difunta, y se le ocurrió una genial idea para casarse con él, la de darle á entender con reticencias y risas, que ella lo había encontrado. Al principio faltó poco para que la estrangulara; después, pensando que los mil francos se le escaparían otra vez si la suprimía como á la otra antes de tenerlos, tornóse muy zalamero; pero ella le rechazaba sin consentir que la tocase siquiera; no, no, cuando fuera su mujer lo tendría él todo, incluso el dinero. Y se casó con ella, la cual se burlaba bien, poniéndole de bestia que no había por donde cogerlo, por creer todo lo que le contaban. Lo mejor del caso fué que, puesta al corriente, encendiéndose también al contagio de su fiebre, comenzó á buscar con él llena de avaricia. ¡Ah! Algún día encontrarían esos mil francos, ahora que eran dos á buscar. Y buscaban sin descanso.

—¿De modo que nada?—preguntó Santiago

con socarronería.—¿Ya no le ayuda á Ud. la Ducloux?

Misard le miró fijamente, y dijo:

—Usted sabe dónde están, dígamelo.

El maquinista se enfadó.

—Yo no sé nada; la señora Eufrasia no me ha dado nada, creo que no me irá Ud. á acusar de ladrón.....

—¡Oh! de seguro no le ha dado á Ud. nada..... Ya ve Ud. que estoy malo por eso. Si sabe dónde están, dígamelo.

—¡Ea! ¡cállese Ud.! Tenga cuidado no vaya yo á soltar la lengua..... Mire Ud. en la caja de la sal, á ver si están.

Pálido, con los ojos chispeantes, seguía Misard mirándole. De pronto tuvo como una brusca iluminación.

—En la caja de la sal! ¡calla, tiene Ud. razón! Debajo del cajón hay un escondite que no he registrado.

Y se dió prisa á pagar el vino, echando á correr hacia el camino de hierro, para ver si podía tomar aún el tren de las siete y diez. Allá abajo, en la casuca baja, seguiría buscando eternamente.

Por la noche, después de comer, mientras aguardaban el tren de las doce y cincuenta, quiso Filomena llevar á Santiago por oscuras callejuelas al campo próximo. La atmósfera estaba muy cargada, era una noche de Julio, ardorosa y sin luna, que le henchía la garganta de profundos suspiros, casi colgada del cuello

de él. Dos veces había vuelto la cabeza, sin lograr ver á nadie; tan espesas eran las tinieblas. Santiago sufría mucho en aquella noche de tormenta. En su tranquilo equilibrio, en medio de aquella salud perfecta de que gozaba desde el asesinato, había sentido poco antes, en la mesa, volver un lejano malestar, cada vez que Filomena le tocaba con sus errabundas manos. Fatiga sin duda, enervamiento producido por la densidad del aire. Ahora, la agonía del deseo despertaba con mayor viveza, llena de un sordo espanto, teniéndola así, contra su cuerpo. Sin embargo, estaba bien curado, la experiencia estaba hecha, supuesto que la había poseído ya, con la carne en calma para poder darse cuenta. Su excitación se hizo tal, que el miedo á una crisis le hubiera obligado á desasirse de sus brazos, si la sombra que la envolvía no la hubiese tranquilizado; pues nunca, ni en los peores días de su mal, había herido sin ver. Y, de repente, cuando ambos pasaban junto á un talud cubierto de césped, por un camino desierto, y ella le abrazaba, estirándose, invadióle la monstruosa necesidad; lleno de rabia buscó entre la hierba un arma, una piedra, para aplastarle la cabeza. De un saltó se irguió y echó á correr, loco, cuando de pronto oyó una voz de hombre que lanzaba juramentos; toda una batalla.

—¡Ah, zorra! he oído hasta el fin, porque quería asegurarme.

—¡No es verdad, déjame!

—¡Con que no es verdad! El otro puede co-

rrer, porque ya sé quién es, y lo encontraré algún día.... ¡Toma, grandísima pérdida, dí ahora que no es verdad!....

Santiago corría en medio de la noche, no por huir de Pecqueux, á quien acababa de reconocer; huía de sí propio, loco de dolor.

Un asesinato no había bastado, no estaba él satisfecho con la sangre de Severina, como creía por la mañana. Volvía á empezar. Otra, luego otra, y siempre otra.

Cuando se hubiera satisfecho, después de algunas semanas de atontamiento, su hambre se despertaría espantosa, necesitando sin cesar carne de mujer para saciarse. Ahora mismo no necesitaba ver esa carne de seducción: sólo al sentirla tibia entre sus brazos, cedía á impulsos del crimen, cual macho feroz que destripa á las hembras. No se podía vivir así, ya no tenía delante más que aquella noche profunda, de ilimitada desesperación, en medio de la cual huía.

Transcurrieron algunos días. Santiago había vuelto á encargarse del servicio, evitando el trato con sus compañeros, caído de nuevo en su ansioso salvajismo de otras veces. Acababa de declararse la guerra, después de tempestuosas sesiones en la Cámara; y hasta se había dado ya un pequeño combate de avanzada, feliz, según decían. Hacía una semana que los transportes de tropas abrumaban de cansancio al personal de los caminos de hierro. Los servicios regulares andaban desordenados, y continuos trenes imprevistos producían considerables retrasos; sin



contar con que habían escogido á los mejores maquinistas para activar la concentración de los cuerpos de ejército. Así fué cómo una noche en el Havre, en vez de su habitual exprés, tuvo Santiago que conducir un enorme tren, compuesto de dieciocho vagones, atestados de tropa.

Aquella noche llegó Pecqueux muy borracho al depósito. Al día siguiente del en que había sorprendido á Filomena con Santiago, subió en la máquina 608, como fogonero del mismo; y desde entonces no hacía la menor alusión, ni se atrevía á mirar á su jefe. Pero éste le veía cada vez más rebelde, negándose á obedecer, no haciendo más que su voluntad y murmurando sordos gruñidos en cuanto recibía una orden. Acabaron por no hablarse. Aquel suelo móvil, que tan unidos los llevaba otras veces, se había trocado en la plancha estrecha y peligrosa donde chocaba su rivalidad. El odio aumentaba, ambos estaban á punto de devorarse en aquellos pocos pies cuadrados, que corrían á toda velocidad, y de donde los hubiera precipitado la menor sacudida. Aquella noche, al ver á Pecqueux borracho, desconfió Santiago, porque sabía que era demasiado socarrón para enfadarse en ayunas, y que sólo el vino desencadenaba en él la brutalidad.

El tren que debía salir á las seis sufrió un retraso. Ya era de noche, cuando embarcaron á los soldados como carneros, en los vagones cuerdas. Únicamente se habían clavado algunas tablas, á guisa de banquetas, y allí dentro los amontonaban, llenando los coches todo lo posi-

ble, de modo que iban sentados unos y en pie otros, pero apretados hasta el punto de no poder mover un brazo. A su llegada á París los esperaba otro tren para conducirlos al Rhin. Los pobres hombres estaban muertos de fatiga con lo vertiginoso del viaje. Pero como se les había distribuido aguardiente y muchos se habían esparcido por las tiendas vecinas, sentían una alegría caldeada y brutal, iban muy rojos, con los ojos casi fuera de las órbitas. Y en cuanto el tren arrancó, saliendo de la estación, se pusieron á cantar.

Santiago miró al cielo, donde un vapor de tormenta ocultaba las estrellas. La noche se presentaba muy sombría, ni un soplo de viento agitaba la ardorosa atmósfera; hasta el viento de la carrera, siempre fresco, parecía caliente á la sazón. En el negro horizonte no había más luces que las señales. El maquinista aumentó la presión para subir la cuesta de Horfleur á Saint-Romain. A pesar del estudio que venía haciendo de la máquina 608, todavía no era dueño de ella, cuyos caprichos le sorprendían. Aquella noche particularmente la notaba muy caprichosa, dispuesta á desbocarse por algunos carbones más. Por eso vigilaba el fuego, cada vez más inquieto por el aspecto del fogonero, sin soltar el volante del cambio de marcha. El farolito que alumbraba al nivel de agua dejaba á la plataforma en una penumbra que la puerta del hogar, enrojecida, tornaba violácea. Distinguía mal á Pecqueux; dos veces había sentido en las

piernas la sensación de un rozamiento, como si unos dedos tratasen de cogerle por allí. Pero esto no debía ser más que una travesura de borracho, porque le oía murmurar, partiendo el carbón á martillazos exagerados. A cada minuto abría la puerta y arrojaba combustible en cantidad exagerada.

—¡Basta!—gritó Santiago.

El otro fingió no comprender y siguió echando paletadas de carbón; de pronto, como el maquinista le sujetara el brazo, volvióse amenazador, teniendo ya la riña que buscaba en el furor creciente de su borrachera.

—¡No me toques ó te machaco!..... Me divierte el ir deprisa.

El tren rodaba velozmente sobre la llanura que va de Bolbec á Motteville. Debía llegar de un tirón á París, sin detención alguna, salvo en los puntos designados para tomar agua. La enorme masa, los dieciocho vagones cargados de carne humana, atravesaban el obscuro campo en un continuo gruñido. Y aquellos hombres á quienes se llevaba á la matanza, cantaban y cantaban con tal clamoreo, que dominaba el crujir de las ruedas.

Santiago, en pie, había cerrado la puerta. Después, manejando el inyector, añadió:

—Tiene demasiado fuego..... Duerma Ud. si está borracho.

Inmediatamente abrió de nuevo. Pecqueux y se puso á echar carbón como un desesperado, cual si hubiese querido hacer saltar la máquina.

Aquello era la revolución, las órdenes desconocidas, la pasión exasperada que no tenía en cuenta todas aquellas vidas humanas. Y como Santiago se hubiera inclinado para procurar disminuir el tiro, asíóle bruscamente el fogonero y trató de arrojarlo á la vía.

—¡Canalla, esto es lo que buscabas!.... Después dirías que me había caído. ¡Bujarrón, hipócrita!

Y con una mano se agarró á uno de los bordes del tender, cayendo ambos y continuando la lucha sobre el pequeño puente de palastro, que retemblaba violentamente. No pronunciaban ni una palabra, permanecían con los dientes apretados, esforzándose cada cual por arrojar al otro por la estrecha abertura, que sólo cerraba una barra de hierro. La máquina rodaba sin cesar, Barentín quedó atrás y el tren se sepultó en el túnel de Malaunay, cuando todavía estaban fuertemente abrazados sobre el carbón, golpeando con la cabeza las paredes del recipiente de agua y evitando la enrojecida puerta del hogar, donde se abrasaban las piernas cada vez que las alargaban.

Un instante pensó Santiago, que si pudiera levantarse, cerraría el regulador y pediría socorro para que le librasen de aquel loco furioso, enardecido por la borrachera y por los celos. Pero como era más débil y se sentía muy fatigado, desesperaba de tener fuerza para empujar al otro, y le aterrizzaba la idea de la caída. Hizo un supremo esfuerzo tanteando con la mano;

comprendiólo el otro, enderezóse sobre los riñones y lo levantó como á un niño.

—¡Ah! ¿quieres parar?..... Me has quitado la mujer..... ¡Tienes que pagármelas!

La máquina seguía rodando, el tren acababa de salir del túnel, con gran estrépito, y continuaba su carrera, al través del campo desierto y sombrío. Quedóse atrás la estación de Malaunay, y el subjefe, que se hallaba de pie en el andén, no pudo ver más que á estos dos hombres á punto de devorarse, mientras que el rayo los llevaba.

Pero Pecqueux, dando otro empuje, precipitó á Santiago, el cual, sintiendo el vacío, se agarró al cuello de su compañero tan fuertemente, que lo arrastró en pos de sí. Oyéronse dos gritos terribles, que se confundieron y se perdieron en el vacío. Los dos hombres, caídos juntos bajo las ruedas, por la reacción de la velocidad, fueron cogidos y mutilados por aquéllas, en aquel espantoso abrazo, ellos que habían vivido tanto tiempo como hermanos. Encontráronlos después sin cabeza, sin pies, dos troncos ensangrentados que aún se abrazaban como para estrangularse.

Y la máquina, libre de toda dirección, rodaba y rodaba sin cesar. Al cabo, la caprichosa podía ceder á los fuegos de su juventud, como una yegua indomable, escapada de las manos del guardián, galopando por el campo raso. La caldera estaba provista de agua, el carbón con que acababa de llenarse el hogar se acababa; y durante la primera media hora la presión subió locamente, la velocidad se hizo espantosa. Sin duda el com-

ductor jefe se había dormido, cediendo á la fatiga. Los soldados, cuya borrachera se aumentaba con aquel hacinamiento, se alegraron de repente con aquella vertiginosa carrera y comenzaron á cantar con más bríos. El tren atravesó á Maromme como un rayo. No había silbido ni al aproximarse á las señales ni al pasar por las estaciones. Era un galopar recto, la bestia que traspasaba muda y con la cabeza baja todos los obstáculos. Y rodaba en un rodar sin fin, como enloquecida más y más por el estridente ruido de su aliento.

En Rouen se debía tomar agua. El espanto heló á la estación cuando vieron pasar en un vértigo de humo y llamas aquel tren loco, aquella máquina sin maquinista ni fogonero, aquellos vagones llenos de carne humana, llenos de soldados que entonaban canciones patrióticas. Iban á la guerra; así llegarían más pronto allá-abajo, á las orillas del Rhin. Los empleados se habían quedado estupefactos. Al punto, tornóse general el grito; aquel tren desenfrenado, abandonado á sí propio, no atravesaría sin obstáculo la estación de Sotteville, siempre impedida por maniobras, obstruida de coches y máquinas, como todos los grandes depósitos. Y se precipitaron al telégrafo para dar aviso.

Precisamente, un tren de mercancías que ocupaba la vía, pudo ser empujado hasta la cochera. Desde lejos se oía el rodar del monstruo escapado, el cual, habiendo pasado los túneles próximos á Rouen, llegaba en furioso galope, cual

una fuerza monstruosa é irresistible que nada puede detener ya. También quedó atrás la estación de Sotteville; el tren pasó en medio de los obstáculos, sin tropezar con nada, sumergiéndose en las tinieblas, donde su rugido se extinguía poco á poco.

Pero ahora, todos los aparatos telegráficos de la línea tocaban, todos los corazones latían ante la noticia del tren fantasma que acababan de ver pasar por Rouen y Sotteville. Todo el mundo temblaba de espanto, un exprés que se hallaba delante iba seguramente á ser atropellado. El, cual un jabalí en el bosque, continuaba su carrera, sin tener en cuenta las señales rojas. No había más remedio que estrellarse en Oïssel contra una máquina piloto; llenó de terror á Pont-de-l'Arche, porque su velocidad no disminuía. De nuevo desapareció rodando en medio de la negra noche sin que supiese adónde, allá abajo.

¡Qué importaban las víctimas que la máquina aplastara en el camino! ¿no seguía descuidada sin temor á la sangre vertida? Sin conductor, en medio de las tinieblas, cual bestia ciega y sorda que se hubiera desatado en medio de la muerte, rodaba y rodaba sin cesar, cargada con aquella carne de cañón, con aquellos soldados borrachos y embrutecidos ya por la fatiga, que seguían cantando.

FIN.

## Obras de fondo y surtido

	Pesetas
Aragó (V.)— <i>Biblioteca del labriego</i> .—Agricultura al amor de la lumbre; en 4.º, con grabados.....	6
Belot (A.)—La explotación del secreto; 2.ª edición, en 8.º.....	2,50
—Las corbatas blancas; en 8.º.....	2,50
—La pecadora; en 8.º.....	2,50
—Quinientas mujeres para un hombre solo; en 8.º.....	2,50
—Melinita; en 8.º.....	2,50
Boisgobey (F. de)—Decapitada; en 8.º.....	3
Bulwer Lytton (E.)—La raza futura; en 8.º.....	3
Cabello y Aso.—Estética de las artes del dibujo. La arquitectura, su teoría estética expuesta, comprobada y aplicada á la composición, constituyendo un ensayo de <i>Teoría del arte</i> ; en 4.º.....	8
Claretie (S.)—La fugitiva. Versión castellana de Miguel Bala; 2.ª edición en 8.º.....	3
—Noris. (Costumbres del día.) Versión española de C. F.; 2.ª edición, en 8.º.....	2,50
—¡Candidato! Versión castellana; en 8.º.....	2,50
—El hermoso Solignac. Versión castellana; 2 tomos en 8.º.....	5
—Los amores de un interno. Versión castellana; 2 tomos en 8.º.....	5
—El príncipe Tilah. Versión castellana; en 8.º.....	2,50
Corradi (F.)—Lecciones de oratoria pronunciadas en el Ateneo científico y literario de Madrid; 2.ª edición, en 4.º.....	3
Cortés y Morales (B.)—Tesoro de la salud. Novísimo tratado de longevidad humana ó el más eficaz sistema para alargar la vida; en 8.º.....	1,50
Curtius.—Historia de Grecia. Traducida, anotada y aumentada con mapas y un diccionario de los términos geográficos, técnicos y mitológicos que la obra contiene, por el Dr. Alejo G. Moreno; 8 tomos en 4.º.....	40
Charcot.—Lecciones sobre las enfermedades del	